MANUEL MACHADO: ALGO MAS... PERO MENOS

Tu soledad es tanta
que no deja poesía a tu tristeza.
MANUEL MACHADO

En el estanque el agua
yace podrida. ¡Ni una onda!...

En la marmórea taza
reposa el agua muerta.
ANTONIO MACHADO

Con motivo de celebrarse el centenario de Antonio Machado ha sonado la hora de tributar también —en diversos lugares y de modos diferentes— los homenajes a los hermanos Machado. «Manuel y yo —decía Antonio, su hermano— nos nos llevamos más que once meses, de modo que hay un mes en el año en que tenemos la misma edad.»

Pasó 1974 (fue un 29 de agosto cuando nació Manuel en Sevilla), y podríamos decir que casi exclusivamente fue celebrado con la erudita y concienzuda antología que para la Editorial Plaza y Janés realizó el profesor Emilio Miró. En ella encontramos la fecha siempre exacta, el dato necesario y preciso, las citas contrastadas con rigor universitario, sin perder, por ello, la necesaria accesibilidad del volumen. Las cuarenta y seis páginas del prólogo del profesor que consiguiera ese mismo año el doctorado con el tema de la obra de Manuel Machado no ha dejado cabos sueltos ni ha hecho juicios improvisados; como ha señalado la crítica, su análisis profesoral contiene una documentación minuciosa. Y es que lo erudito, aun siendo más seco que lo evocado, resulta críticamente más útil.

Otro homenaje —conjunto en esta ocasión— es el que le tributó durante los meses de junio y julio de 1975 a ambos hermanos con la Exposición Bibliográfica de la Biblioteca Nacional (donde, precisamente, fuera Manuel destinado en 1914 y de la que llegaría a ser director en 1925). Quien entonces sucediera en el cargo de director de la Nacional a Manolo Machado, su tocayo Manolo Carrión, puso al alcance del visitante curioso la 'fe de bautismo' del mayor de los hermanos y vemos cómo en ella consta «Manuel Antonio» como nombre: Manolo, por si salía banderillero (que todo pudo ocurrir) y Antonio, por si le daba el afán de la melancólica erudición familiar.

Manuel Machado nace al final del mes de agosto —un mes caluroso en la Sevilla de 1874—, hijo de un hombre perteneciente a la Institución Libre de la Enseñanza, un gran jurista y andaluz por los cuatro costados, don Antonio Machado Alvarez. (Aunque éste naciera en Santiago de Compostela, donde su padre —el abuelo de los poetas era catedrático—, manifestó su andalucismo en multitud de facetas. Esto era tan patente como lo era también su actitud republicana o como lo eran sus aficiones por el cante flamenco: son conocidos sus estudios folkloristas, publicados bajo el pseudónimo de «Demófilo» —hoy existe una colección sobre libros de flamenco que lleva este mismo nombre—, y entre los que podríamos destacar: *Colección de enigmas y adivinanzas en foma de diccionario; Colección de cantes flamencos; Poesía popular, cantos, cantares, fábulas...; Estudios sobre la literatura popular,* etc.)

A la Institución Libre de la Enseñanza —concretamente, a don Francisco Giner de los Ríos— estaba dedicado el poemario de 1911, titulado *Apolo.* Los hermanos Machado —Manuel, Antonio y José— crecieron en el ambiente intelectual que marcaba su padre, gran folklorista, como ya he indicado, fundador de periódicos y revistas, recopilador de cantares flamencos por influencia del abuelo Antonio Machado Núñez, hombre de frecuentes relaciones con la Institución, en cuyas aulas, por otra parte, se formarían nuestros poetas. No se olvidó la Institución Libre de la Enseñanza de tributarles el justo homenaje a Manolo y a Antonio, a raíz de haber conseguido un éxito grandioso en el teatro español con *Julianillo Valcárcel.*

Respecto a sus salidas teatrales no podemos decir, por tanto, que fueran incomprendidos los Machado. En el campo de la producción dramática colaboraron estrechamente ambos hermanos, pero su más destacada obra fue, sin duda, *La Lola se va a los puertos,* sin que, por ello, queramos quitar cierto mérito a la ya aludida *Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel, Juan de Mañara, La Duquesa de Benamejí* o la obra póstuma de Antonio y cuasi premonitoria *El hombre que murió en la guerra.* Si en el capítulo teatral nos detenemos un poco más, podríamos hablar de la versión del *Hernani,* en verso, o de las adaptaciones de los clásicos como Lope de Vega, Tirso de Molina o Calderón de la Barca.

Gerardo Diego nos recuerda —en su libro *Manuel Machado, poeta*— cómo Manuel y Antonio se sonreían con sorna y con astucia de los críticos, de los lectores y de los auditores cuando rotundamente aseveraban: «Esto es, evidentemente, de Manolo; esto, de Antonio.» Solía decir Antonio, que siempre se equivocaban los listillos de turno.

Durante varios años se les llamó «los Machado»: los años precisos hasta que nuestra guerra civil estallara para separarlos definitivamente y Manolo sólo pudiera llegar a Collioure para poder rezar únicamente ante la tierra que sepultaba a su hermano y a su madre. (Antonio había abandonado Barcelona con destino a Francia en 1939 y Collioure le recibió ya gravemente enfermo. A las cuatro de la tarde —casi a la hora taurina— de un invernal 22 de febrero fallecía uno de los mayores poetas españoles, cuyos restos «reposan» (?) en el país vecino.)

Una vez más, la geografía —ideologías también— impusieron su implacable ley. Quedó rota aquella colaboración estrecha no sólo en el campo del teatro, sino en aquellas otras ilusiones juveniles de las revistas culturales de cruce de siglo. Podríamos citar revistas como *Vida Literaria, Electra, Juventud, Helios* e incluso aquellas colaboraciones de las que casi nadie sabe, tales como la del *Diccionario de ideas afines*, de Eduardo Benot, o las traducciones realizadas también en común para la casa editorial Carnier, en París.

Creo oportuno traer aquí las palabras de Juan Ramón Masoliver, escritas con motivo de los cien años de Manuel Machado, en *La Vanguardia Española:* «Ambos hermanos —dejando a un lado las diferencias ideológicas de las que tanto se ha hablado— teníanse un fiel cariño, un amor fraternal, una amistad a toda prueba, que supo mantenerles unidos a lo largo de toda su vida, a pesar de que las profesiones —bibliotecario, Manuel; catedrático de francés por diversas provincias, Antonio— les separó, marcándoles rumbos distintos...» (Todo esto, no obstante, no les tuvo permanentemente alejados, puesto que la presencia de Antonio en Madrid se hacía frecuente —y podríamos decir que casi costumbre— en determinadas fechas, como los fines de semana o los veranos. El café Varela, el Español, el Levante, el Europeo saben de aquellas tertulias junto a los amigos de la infancia, como Ricardo Calvo y el duque de Amalfi...)

Estos dos poetas hermanos —tan parecidos físicamente— pueden ser objeto de diferentes estudios comparativos o diferenciales. Vaya por delante la afirmación de que Antonio sentía hacia su hermano mayor —«no nos llevamos más que once meses...»— una respetuosa admiración, así como Manuel tenía una gran ternura por Antonio.

Es Masoliver también quien recuerda —aunque no es solamente este escritor catalán el que lo ha advertido— que para muchos Manuel era considerado como el mentor de su hermano Antonio, incluso en lo literario. Para ello, podríamos comparar el tronco común del que proceden *El mal poema* (de 1909) —tercer libro de poemas de

Manuel—, sobre todo en su autorretrato inicial, y *Campos de Castilla* (de 1912).

Tristes y alegres (de 1895), que aparece cuando Manolo Machado solamente contaba veinte años, mientras hacía sus estudios en Sevilla, es una bonita colaboración con Enrique Paradas, al que recuerda Antonio en su *Juan de Mairena. Sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo.* Estos tres hombres jóvenes —Enrique Paradas y los dos poetas Machado— hacen cálidos y hondos elogios del cantar, de la copla, y Emilio Miró alude al respecto a sus publicaciones en el semanario *La Caricatura,* hacia 1893.

... Y, detrás de cada cantar, de cada copla, nos hallamos con la «gracia» y con la «pena»... y con la frivolidad, y con múltiples elementos del movimiento modernista —al que, sin duda, perteneció Manuel— y —¿por qué no decirlo?— con toda esa corriente «canallista» (con tertulias de toreros, señoritos, y un largo etcétera, que no da lugar a ambages en sus propios versos, en buena parte autobiográficamente nítidos...).

Hay modernismo en la poesía de Manuel Machado. Los registros, los temas, los sones y los ecos —ecos— rubenianos son claros. Carlos Nadal habla de «la visión pictórica del mundo, o mejor, del mundo a través de la pintura». Por los versos de Manuel están esparcidas «blancas manos de azuladas venas», «postreras llamas», «sol flamenco carmín y nácar», tonos y formas poéticas que acaban —según C. Nadal— en una visión fragmentaria de la realidad.

Un estudioso ya clásico, Federico de Onís, ha escrito que «representa en sus mejores momentos una de las formas supremas de la poesía contemporánea». Sin entrar en discusiones ni apreciaciones particulares, me parece una exagerada afirmación. Afirmación que trata de justificarse porque, «en efecto, Manuel Machado representa una de las cristalizaciones más dignas del movimiento modernista»: asimila la poesía francesa compaginándola con la manera andaluza, en un «tomo confidencial, fino, ligero, indolente». José Cruset habla en un breve artículo periódico de que hay un modernismo, en cuanto a preocupaciones estéticas (nos detendremos en lo que a ética y estética se refiere), cosmopolitismo y amor a la forma, al que no hay que achacarle los defectos de languideces, crepúsculos, jardines, evanescencias... Escribe el citado J. Cruset: «Lo andaluz, consustancial; el cantar, la copla de perfecta textura; lo andaluz, vital (...); lo pasajero, la vida fluyendo, diversa; el instante; el amor, no transcendente, ni transcendido, pasajero también.» Estamos de acuerdo con las afirmaciones vertidas y que se dejan entrever tras estos párrafos escuetos. «En lo que ya no estamos tan de

acuerdo es en la afirmación final de que sea poeta modernista «de la mejor especie» este «maestro de la elegancia».)

Poeta sensorial, esteticista, carnal... «modernista». Dirá Emilio Miró en el prólogo a su antología: «La actitud hacia la mujer, entre la adoración y la desconfianza, entre el requiebro y el menosprecio —que parece ocultar, a pesar de su frecuente presencia en sus versos, una profunda y tal vez inconsciente misoginia— hace su primera aparición en estos versos juveniles». Hay un canto exaltado a la «carne, celeste carne de mujer»; así como en otro verso dirá:

Tú, calla. ¡Tu boca
es sólo para besar!

Hemos aludido al color, a los colores, a sus matices y tonalidades, desfilando sobre todo por los versos de *Alma* y *Caprichos*. Pero quiero continuar con las esclarecedoras citas del profesor Miró: «Manuel Machado, poeta sensorial por antonomasia —pero capaz, como lo probó en sus mejores libros, de honduras, y muy hondas—, dio a la poesía de su tiempo un exquisito sentido de la forma, una predilección por temas brillantes, coloristas, castizos, una personalidad original, de acento y de matiz, de sabor y aroma. Poeta modernista, pero sin presuponer esta calificación su implícito 'antinoventayochista' (...). Por los poemas de *Alma* pasa la vida y el arte, el presente y el pasado —hasta el muy lejano—, lo español y lo extranjero; la naturaleza y la escenografía cortesana y decadente; la filigrana exquisita y la sobria reciedumbre; el placer y el hastío; la confesión más personal, casi 'exhibicionista', y la narración —descripción de lo ajeno y lejano, de lo distante en el tiempo y en el espacio—. Parnasiano y simbolista, a la vez, la oposición central y básica, de la que derivan todas las demás —y, por ello, la hemos colocado en primer lugar—, es la de poeta de la vida y poeta del arte (o de la cultura: historia, literatura, etc.), que va a ser, además, una constante de su obra toda.» Anteriormente ya había apuntado que Manuel es el poeta de la contradicción íntima, del vitalismo y el nihilismo, de la sensualidad y el erotismo, y, al mismo tiempo, el del hastío, y el escepticismo, el de la desgana, la abulia, que surgirá plena, espléndidamente, muy pocos años después, en los alejandrinos de *Adelfos*.

Fue decisivo —de cara al modernismo de Manuel Machado— el viaje que realizó a París en 1899; allí escribió sus grandes poemas; en algunos de ellos se nos muestra como un epílogo neorromántico, como un claro seguidor de Bécquer, muy mimético en ocasiones

(*Tristes y Alegres* es considerado como la 'pre-poesía'). (La estancia parisiense en el hotel Médicis de la rue de Monsieur le Prince, a dos pasos del Luxemburgo, en pleno barrio Latino, evocaba la estancia de un gran poeta francés, Verlaine —*Caprichos* es un libro juego literario a lo Verlaine— y Manolo viviría con estudiantes y artistas jóvenes del mundo entero, en bohemia sentimental y pintoresca, rica de ilusiones, embriagado de Baudelaire. Un año después, el joven poeta vuelve a Madrid con un aire remozado, un entusiasmo creador y un absoluto fervor estético.)

Cuando en 1938 entra en la Real Academia de la Lengua (once años antes lo había hecho su hermano Antonio) dice en el discurso estas palabras: «Por entonces yo escribía rimas becquerianas... y algunas coplillas al estilo popular que, tal vez, eran lo menos malo y, en todo caso, lo más original que destilaba mi por entonces casi infatigable pluma.»

No sabe duda que tenía influencias, que existía en sus versos un cierto mimetismo. No cabe duda tampoco que su postura era algo intermedio entre el estoicismo y el fatalismo, entre una postura que más tarde se convertiría en escepticismo y abulia.

Hemos aludido a sus contradicciones íntimas. Las hay. Dejando aparte la anteposición de la estética a la ética (común denominador modernista), no debe, sin embargo, menospreciarse el filón popular (hedonista en muchas ocasiones) del andalucismo en la poesía machadiana. Vitalismo y nihilismo. Parnasianismo y simbolismo. Intimismo y culturalismo. Pesimismo y optimismo. A veces, separados por diversos poemas y diversos libros; a veces, mezclados. Culto y popular, clásico y moderno, hondo y superficial, son las mismas contradicciones que recibió Manuel en su vida y que se reflejan en su poesía.

Juego literario a lo Verlaine en *Caprichos*; predominio culturalista e histórico-artístico en *Apolo*; interiorización e intimismo de alma volcada y desnuda en *El Mal Poema* y en *Ars Moriendi:* armonización del vitalismo con el culturalismo, aunque con una ligera inclinación hacia el primero, en *Phoenix,* libro que marcará el fin de una etapa, la más interesante. (Arturo del Villar ha apuntado que el antiguo poeta galante, el cantor de las orgías «medio gitano y medio parisién», se refugió en sus últimos años en la religión, como aquel paisano suyo que se llamó Miguel de Mañara.)

En los últimos volúmenes de poesía de Manuel lo personal y lo cultural se funden —¿sinceramente?— en una dimensión religiosa, progresivamente transcendentalizada (?), instalada en la ortodoxia católica más tradicional, con una culminación y un retroceso estético

de la espiritualidad de algunos de sus poemas. No tienen por qué estar en contradicción la vida y el arte.

Calificadas en un poema todas y cada una de las ocho capitales andaluzas, termina con Sevilla escuetamente así: «Y Sevilla». Es la Sevilla que él desnudó, dejándola ya para siempre eterna y sin adjetivos y que supo hermanarla con el Madrid museal y cotidiano, histórico y periodístico, familiar y social, según Gerardo Diego. Es el poema con 'gracia'. Como hay 'gracia' en tantos otros; pero no mimética, sino como resurgiendo de un puro clasicismo lopesco y gongorino. Y escribe Gerardo: «Gracia del pueblo andaluz, del pueblo español, gracia fácil y dificilísima de la niñez fresca, viva en todas las edades de la vida. Gracia ejemplar de los mejores versos de Manuel Machado, modelo e incitación para su hermano Antonio, su primero y gran discípulo, para sus propios compañeros de ilusión juvenil, para los que vinieron después y se encontraron ya abierto el camino: Federico García Lorca, Fernando Villalón, Rafael Alberti, Joaquín Romero Murube, etc.»

Véase la gracia de este sonetillo:

VERANO

Frutales
cargados.
Dorados
trigales...

Cristales
ahumados.
Quemados
jarales...

Umbría
sequía,
solano...

Paleta
completa:
verano.

Se ha dicho que es profunda hasta la poesía más ligera, más frivolizante y superficial. Pero cuando no estoy de acuerdo con las afirmaciones de Gerardo Diego en su total amplitud es cuando dice que no se ha dicho nada en poesía española más hondo y más puro que los versos ingrávidos de Manuel Machado. Le llama poeta de la suprema ligereza profunda y escultor del viento y calígrafo del agua.

Morir es... Una flor hay en el sueño
—que al despertar no está ya en nuestras manos—
de aromas y colores imposibles...
Y un día sin aurora la cortamos.

Tratar con 'gracia' hasta la misma muerte.

Otro tema fundamental de la poesía andaluza de Manuel es la 'pena'. «La *pena* o la *penita* —escribe Emilio Miró— aparece en muchos de estos cantares juveniles, enlazando con la tradición popular y preludiando su reiterada presencia en textos posteriores de Machado, desde el poema "Cantares", de *Alma*.» Todo ello es una gran actitud explosivamente interna de desencanto, de renuncia, que va a ser constante en su poesía y tiene su primera y espléndida formulación en «Adelfos» (perteneciente también a *Alma* y escrito en París en 1899).

Con estos versos, quizá graciosos y jaraneros, no cabe duda de que se está dando paso a una meditación de la vida nacional con toda la melancolía del pesimismo total de los hombres del Noventa y Ocho. Es la meditación española desde una óptica exterior —aprendida quizá en las aulas de la Institución Libre de la Enseñanza. Hay, en efecto, los decires campanilleros y alegres en Manuel muchas veces, pero en el fondo está latiendo la 'pena' andaluza, como realidad profunda que se agazapa bajo una apariencia de alegría. ¿Qué es el flamenco acaso? Aun sin ser especialista en esta cuestión, yo que provengo de tierras pardas castellanas, de la ancha llanura, pienso que el 'cante' lleva dentro de sí la pena profunda del alma gitana (andaluza)... La gravedad y la hondura de los «cantares» de Manuel, así como de Antonio, provienen quizá de su padre, aquel «Demófilo» que apasionadamente dedicó buena parte de su tiempo a recoger tonadas populares de su Andalucía. Carlos Nadal nos cuenta cómo también un hermano de su abuela, doña Cipriana Durán de Alvarez, el famoso «patriarca literario de la familia», don Agustín Durán, fue un insigne erudito que se dedicó a recoger romances en los albores del romanticismo español. Desde Bécquer a García Lorca hay un hombre-puente en la familia de los Machado: de allí nacen 'malagueñas', 'seguiriyas', 'soleares', 'cante hondo'... Y siempre el 'duende', el misterio, la Andalucía del llanto que no es —como se ha pensado— un invento de García Lorca.

Querer es triste ¡y no poder!
Lo que es, tenía que pasar.

Fatalmente...

¿Qué es la muerte, la Muerte, para Manuel Machado? ¿Algo fatal? Gerardo Diego llega a calificarle como «nada menos que el poeta de la muerte» a este poeta tan andaluz, tan sensual, tan ligero como se nos muestra a primera vista; respecto del tema sempiterno de la muerte, es el poeta que ha sabido decir quizá las cosas más sutiles y más hondas. Ese misterio producido por la última ausencia es tratado por Manolo Machado sin lobregueces, sin angustias, sin prosopopeyas. ¿Era esa una postura natural o, por el contrario, era una actitud rebuscada? ¿No es algo acongojante todo aquello que constituye un misterio: la muerte, en este caso? ¿No es angustioso todo aquello que no nos es dado conocer en toda su profundidad?

Ars Moriendi es el título de un poemario de 1921. Con esta publicación se cierra un ciclo que, sin duda, constituye lo mejor de su obra, y que es calificada por Emilio Miró como «novecentista». Eran los años de la innovación y de la renovación en el ámbito de la poesía castellana; estaban empezando sus experiencias poéticas escritores como Federico García Lorca, como Dámaso Alonso, etc., (Una segunda etapa del poeta podría contabilizarse a partir de 1936.) Es el año en que comienza la guerra española. En Burgos le sorprenderán los primeros bombardeos. Y entonces aparece su libro de poemas *Phoenix*. Con estos poemas renace Manuel Machado, poeta. Nos encontraremos con poemas verdaderamente antológicos durante esta última etapa del poeta, pero ya no llegará a superarse a sí mismo. *Alma, Museo, Los Cantares, Apolo, Cante Hondo, Ars Moriendi* y, sobre todo, *El Mal Poema,* no serán ni poéticamente —ni ideológicamente— superados.

Pero, ante el tema de la muerte, no podemos por menos que acudir al libro *Ars Moriendi.* Es donde nos encontramos con el poeta en tono muy directo, muy personal, muy íntimo, quizá menos «literario», pero mucho más desnudo y lapidario. Año 1921. El último libro, con su desolación a cuestas, alejado de todo patetismo, toda énfasis, todo grito; refugiándose el poeta en la serenidad y en la resignación. Aquí Manuel Machado está haciendo del vivir un «arte de morir».

Y yo había dicho: «¡Vive!»
Es decir: ama y besa,
escucha, mira, toca,
embriágate y sueña...

Y tras este sensualismo, evocador del «carpe diem» renacentista:

Y ahora suspiro: «¡Muere!»
Es decir: calla, ciega,

abstente, para, olvida,
resígnate... y espera.

Poema de perfecto paralelismo formal y de contraste buscado en su contenido. Ese es tono manuelmachadiano.

En otro poema dirá:

La Vida se aparece como un sueño
en nuestra infancia... Luego despertamos
a verla y caminamos
el encanto buscándole risueño
que primero soñamos;
... y, como no lo hallamos,
buscándolo seguimos,
hasta que para siempre nos dormimos.

Y también los versos resignados (?):

¡Y Ella viene siempre! Desde que nacemos,
su paso, lejano o próximo, huella
el mismo sendero por donde corremos
hasta dar con ella.

E incluso titula un poema muy significativamente: «El poeta de *Adelfos* dice, al fin...» Lo transcribo íntegramente:

Ya el pobre corazón eligió su camino,
Ya a los vientos no oscila, ya a las olas no cede,
al azar no suspira ni se entrega al destino...
Ahora sabe querer y quiere lo que puede.
Renuncio al imposible y al sin querer divino.

¿Final desconcertante? Dejemos al aire de las mil y una interpretaciones la respuesta. Hay, en efecto, un arte para morir, para aprender a morir. En este punto prefiero traer la cita de Gerardo Diego: «Manuel Machado, buen cristiano, demostró con el ejemplo qué bien había aprendido sus lecciones. Este sí que es el verdadero 'ars moriendi'. Se aprende a bien morir, viviendo como bueno, viviendo el bien. Porque tal como la vida, así el fin.» Recuerda aquí Gerardo Diego el cuasi axioma: «Qualis vita, finis ita.» Con estos cuatro versos comienza *Ars Moriendi*:

Morir es... Una flor hay en el sueño
—que al despertar no está ya en nuestras manos—
de aromas y colores imposibles...
Y un día sin aurora la cortamos.

Manuel muere un 19 de enero en Madrid. Era el año 1947.

Cuando Juan Ramón Masoliver afirma que no hay justificación alguna para calificar de «frívolo» a nuestro poeta, nos permitimos, en principio, discrepar. Porque, aunque sea verdad que haya entre sus versos —tras la sencillez y la gracia popular— angustia existencial y tragicismo andaluz, no creemos que lleguen a igualar ni mucho menos superar a los mejores poemas de su hermano Antonio, ni a los trágicos versos de García Lorca... Aquí es donde podemos aludir al «canallismo», a ese comportamiento en ambientes de amistades relacionadas con el mundillo de toro, en los cafés de tertulia concertada, de la sensualidad y escepticismo (¿rubeniano?), de su proclamado nihilismo absoluto («Mi voluntad se ha muerto una noche de luna»). Quizá podamos adivinar esta actitud en sus poemas autorretratos:

«Yo, loco o delincuente,
o delincuente y loco.»

... ...

«De mi alta aristocracia, dudar jamás se pudo.»

... ...

«Yo, poeta decadente,
español del siglo veinte,
que los toros he elogiado,
y cantado
las golfas y el aguardiente...,
y la noche de Madrid,
y los rincones impuros,
y los vicios más oscuros
de estos bisnietos del Cid:
de tanta caballería
harto estar un poco debo;
ya estoy malo, y ya no bebo
lo que han dicho que bebía.»

... ...

«No es cinismo. Es la verdad:
yo quiero a una mujer mala,
fuera de la sociedad.
Una 'declassée', lo sé;
pero... ¿la conoce usté?...»

... ...

«Chulo, 'souteneur', 'maquereau',
White-Chapel, Montmartre, Madrid...,
son los bisnietos del Cid,
los sobrinos de Diderot.

.....

El clarear matutino
huele a vino
y a flamenco...

.....

Si hoy estoy
abrazado a mi querida,
no hablemos más que de hoy...»

... ...

«No sé odiar, ni amar tampoco.
Y en mi vida inconsecuente,
amo, a veces, como un loco
u odio de un modo insolente.
Pero siempre dura poco
lo que quiero y lo que no...»

Todos estos poemas —o fragmentos— que sirven para testificar lo que denominamos «canallismo» en la poesía y en la vida de Manuel Machado abundan profusamente en el libro titulado *El Mal Poema* (algo se podría rastrear también en el libro precedente, *La Fiesta Nacional*, que data de 1906, tres años anterior al *Mal Poema).* No queremos pecar de exhaustivos en las citas, pero, llegado este punto, queremos hacer ver, en lo posible, que nuestra afirmación acerca del «canallismo» manuelmachadiano no es una gratuidad. Por eso traigo a continuación íntegros dos poemas y algunos versos del primer poema de *El Mal Poema.* En *Caprichos* (año 1905) encontramos este poema titulado «Despedida a la luna»:

Yo fui, en mi tiempo mejor,
víctima —como el poeta—
de la pálida coqueta
del crimen y del amor.

Te amé, Noche, en el placer,
morena ardiente y sabida;
mas ya, mi vieja querida,
no son los tiempos de ayer.

Todas mis ternuras son
para mi joven esposa,
que es la mañana de rosa
que nace en mi corazón.

Tuve amores..., amoríos
pasajeros más que flores;
amores que no eran míos;
ni siquiera eran amores.

Pero, en ellos, de mil modos
mi juventud embriagué:
todas sus mieles y todos
sus acíbares gusté.

Imaginación, pasión,
en sus garras me han tenido,

y casi se ha consumido
ardiendo mi corazón.
.....
Volví de París, en fin,
donde nos hemos querido,
y he puesto ya en el olvido
mis aventuras de Arlequín.
.....

Otro poema que quiero citar en su integridad es el titulado «Nocturno madrileño» y que reza como sigue:

«De un cantar canalla
tengo el alma llena,
de un cantar con notas monótonas, tristes
de horror y de vergüenza.

De un cantar que habla
de vicio y de anemia,
de sangre y de engaño, de miedo y de infamia,
¡y siempre de penas!

De un cantar que dice
mentiras perversas...
De pálidas caras, de labios pintados
y enormes ojeras.

De un cantar gitano,
que dice las rejas
de los calabozos y las puñaladas,
y los ayes lúgubres de las malagueñas.

De un cantar veneno.
como flor de adelfa.

De un cantar de crimen,
de vino y miseria,
oscuro y malsano...
cuyo son recuerda
esa horrible cosa que cruza de noche
las calles desiertas.»

En suma, muchos elementos, analizados, biografía en mano, nos darían la medida, las fuentes y los valores de la poesía de Manuel Machado. En el primer poema, precisamente, del libro *El Mal Poema*, que lleva el título de «Retrato» nos encontramos estos significativos versos:

«Esta es mi cara y esta es mi alma. Leed:
Unos ojos de hastío y una boca de sed...

Lo demás... Nada... Vida... Cosas... Lo que se sabe...
Calaveradas, amoríos... Nada grave.
Un poco de locura, un algo de poesía,
una gota del vino de la melancolía...
¿Vicios? Todos. Ninguno... Jugador, no lo he sido:
no gozo lo ganado ni siento lo perdido.
Bebo, por no negar mi tierra de Sevilla,
media docena de cañas de manzanilla.
Las mujeres... sin ser un Tenorio —¡eso, no!—
tengo una que me quiere, y otra a quien quiero yo.
.....
Mi elegancia es buscada, rebuscada. Prefiero,
a lo helénico y puro, lo 'chic' y lo torero.
.....
Medio gitano y medio parisién —dice el vulgo—,
con Montmartre y con la Macarena comulgo...
Y, antes que un tal poeta, mi deseo primero
hubiera sido ser un buen banderillero.

Emilio Miró, al final del prólogo de su ya citada antología sobre Machado, hace un gran retrato moral y poético del escritor que tan aficionado fue a autorretratarse. He aquí las palabras del profesor Miró: «Poeta de la sabiduría formal, de la sugerencia y el matiz, de la insinuación y el silencio, del saber decir y del saber callar, con sus finales abiertos, sus encabalgamientos insólitos, su maestría técnica, rica y variada, Manuel Machado, culto y popular, clásico y moderno, hondo y superficial, fue el poeta de los muchos caminos ya en su inicial punto de partida. Receptor y recreador, creó, a veces, con hondura y con belleza, con gracia y con emoción, con un sabio uso de la palabra poética y de sus posibilidades expresivas. Hijo del parnasianismo y el simbolismo, fue siempre poeta —cuando lo fue de verdad, no cuando fue sólo versificador o apologista— del Modernismo español. Agonizante o muerta ya, incluso— de *Ars Moriendi* a *Phoenix*— la poesía modernista.»

En estas palabras se ha aludido al elemento popular y a las tendencias modernistas: en ambas nos detendremos.

Acertadamente había dicho Manuel Machado: «Yo mismo hago cantares y soy pueblo por el sentir y por el hablar.» Y, en este sentido, nadie mejor que él se conocía. Pero Carlos Nadal dice que no ha sido exactamente un poeta popular, «sino un poeta típico de la clase media española de comienzos del siglo XX. Un poeta que —no lo olvidemos— enmudeció como tal en 1921, tras la publicación de *Ars Moriendi*, para resurgir con un título muy a tono con el momento, *Phoenix*, en la España nacional de 1936». Son multitud los registros poéticos que, paradójicamente —¡o felizmente!—, acaban frag-

mentándose. El mismo C. Nadal finaliza su escrito de la siguiente forma: «La popularidad, la pirotecnia verbal, la precisión y grandeza plástica en algunas ocasiones, y de manera especial, la gracia y el virtuosismo de los cantares de Manuel Machado encierran el drama de desconocer el 'por qué' y el 'para qué' se escribe mientras que el pie forzado del 'para quién' le escamoteaba con frecuencia al tratamiento a fondo de temas que podían ser fructíferos.»

Pero si el tema del amor lo encuadramos o enmarcamos dentro de lo que denominamos «poesía popular» en Manolo Machado, nos encontraremos con una gran dificultad, por cuanto en los cantares iniciales muestran un predominio notable de lo «amoroso», con alguna de las llamadas situaciones básicas al respecto: tales como la ausencia, la imposibilidad de evitar ese amor y el dolor, unido casi fatalmente al amor (por ejemplo, la pena, que, por una u otra circunstancia, consume el hombre enamorado; si bien la pena es, a veces, no consecuencia, sino centro y raíz del cantar).

(Siquiera, entre paréntesis, deberíamos aludir a la métrica utilizada por el mayor de los Machado. Parece curioso, pero es, precisamente, en *Tristes y Alegres* (1895) donde se nos presenta como una antología de la métrica tradicional, clásica: asonancia y consonancia; heptasílabos, octasílabos, endecasílabos; romances, quintillas, silvas, tercetos encadenados; composiciones narrativas y descriptivas, himnos y odas discursivos y retóricos...)

En cuanto al modernismo, queda claro que la poesía de Manuel Machado es casi en exclusividad y totalmente modernista: melancolía, tristeza, soledad, cansancio, presagios de muerte, parques silenciosos, solitarios, cerrados, la estación otoñal, desolación, pesimismo nihilismo, tonos graves y sombríos que desembocan en una atmósfera de muerte.

Pero se hace necesario contrastar la actitud modernista y la noventayochista. Para ello creo necesario acudir al artículo que Guillermo Díaz-Plaja publicó el 1 de septiembre en *La Vanguardia Española,* bajo el título significativo «Fiel contraste entre Manolo Machado y su hermano menor». El ilustre académico comienza apuntando que la confrontación entre Manuel y Antonio suele servir a los profesores como paradigma de contraste entre la brillantez superficial del Modernismo y la profunda gravedad del Noventa y Ocho. Músico exterior el uno, con interior melodía el otro, basta comparar los autorretratos que ambos nos han dejado para ver la distancia entre sus personales modos de ver el mundo. Manuel es un «esteticista», enamorado de la alegre superficie andaluza, mientras Antonio, en el alti-

plano mineral de Castilla, anda «buscando a Dios entre la niebla». Se da por sentado que Manuel se encuentra feliz en su paraíso bético, contemplativo y sensual, que contempla con «el alma de nardo del árabe español». Igualmente se acepta que en Antonio las cosas colectivas le preocupan dentro del sueño de una España mejor. Si, antes de pasar más adelante, nos detenemos en los autorretratos de ambos —aparte las citas de líneas precedentes—, podemos traer los dos siguientes:

De Manuel bastaría con rastrear entre los versos citados en páginas precedentes, aunque podríamos añadir éste:

Cuando me dé la mano el ángel de mi guarda
para ir a esa región que a todos nos aguarda,
sobre la eterna música me hallará adormecido
y yo abriré los ojos a un mundo conocido.

De Antonio veamos algunas muestras escogidas de entre las muchas que se podrían extraer:

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierras de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso, como deja el capitán su espada
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.

Y, para terminar, traigamos aquellos versos premonitorios, intuitivos, verdadero vaticinio:

Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

¡Hemos topado con unos versos antológicos de toda la literatura castellana! ¡Este es Antonio!

Sin embargo, Díaz-Plaja afirma que hay muchos vasos comunicantes entre los poetas hermanos, y que en su libro «Modernismo frente a Noventa y Ocho», la palabra «frente» no quiere decir «contra», sino que expresa un paralelismo evolutivo de dos éticas y de dos estéticas distintas, aunque contemporáneas y, en un momento dado, comunicables entre sí. No es, pues, imposible ni ilógico un trasvase

lírico de ambos hermanos Machado. Aunque nosotros seguimos pensando que la actitud predominantemente hedonista de Manuel antepone, consecuentemente, la estética a la ética.

Si dedicamos unas palabras al tema del Modernismo y el Noventa y Ocho, cristalizaremos el tema en lo referente a España y a Castilla, escogiendo a los dos hermanos como puntos de referencia.

El subdirector de la Biblioteca Nacional, Manuel Carrión, tiene anotado lo siguiente: «Al uno se le iba en espumas de gracia, con vuelos angélicos a veces, lo que al otro se le rendía en posos de profundidad y en fulguraciones metálicas de arcángel. Los dos, cuando escribían, se rascaban el alma dolorosamente, tejían o alzaban preguntas y contemplaban, a su modo, el rostro de España.»

(Manuel Machado pasa, a veces, del simbolismo paisajístico y anímico al testimonio realista y directo, a la acusación feroz implacable, de la realidad española.)

El tema de Castilla en esta poesía aparece también en algunas ocasiones y podríamos recordar los poemas de Antonio. Porque, en efecto, no faltan los ecos noventayochistas, como «la terrible estepa castellana / ... / —polvo, sudor y hierro—» por donde el Cid cabalga. Visión castellana limitada a la noción histórica de la leyenda —El Cid— o los cuadros del Museo del Prado (en los poemas de su libro *Apolo*). Escribe Gerardo Diego: «Manuel y no otro fue el verdadero descubridor de Castilla como tema poético con tratamiento impresionista. Antes de Antonio y aún antes de Azorín.» Y nos recuerda los poemas «Castilla» y «Abel», de Manuel, y «La tierra de Alvargonzález», de Antonio (poema al que considera como un apunte de desarrollado cartel de «Abel»). En ambos poemas tenemos el campo y el crepúsculo, las hogueras, las nubes, la tristeza infinita, el cuerpo desnudo y muerto...

Lo que hay que evitar a toda costa es el simplismo de establecer unas divisiones radicales —Modernismo versus Noventa y Ocho— y ceñir a Manuel Machado a jaraneras noches de juerga andaluza, con «vino, sentimiento, guitarra y poesía hacen los cantares de la patria mía», ceñirle a sensualidades ornamentales, a «doradas carnes triunfadoras» a las meras bohemias... Algo habrá; algo hay. Pero, puestos a buscar «peros» —¡perdón por la palabreja!— literarios a cualquier obra poética podemos hallarla momentos «bajos»; incluso los poemitas cortos de mi admirado Antonio Machado no quedan exentos de filosofía «de calendario», «a lo Campoamor»...

(Mi admirado Antonio... En efecto. Creo que es mayor poeta Antonio. Aunque éste dijera: «En España son bellísimos los (sonetos)

de Manuel Machado... Después del soneto de Góngora y alguno de Calderón, no hay más sonetos en castellano que los de Manuel Machado.» Quizá sea una frase exagerada esta de Antonio, dictada por la pasión de un hermano. El otro hermano de los dos poetas —José— destaca cómo Antonio que tan profundamente penetraba en todas las cosas, llegando al fondo, le dijo en cierta ocasión que Manuel era un inmenso poeta, y añadía: «pero, para mí, el verdadero, el insuperable no es como la gente cree, el de los cantares, sino el de todo lo demás: el de *Alma, Caprichos, El Mal Poema,* etcétera». Debo confesar claramente mi mayor admiración por la obra de Antonio Machado, tanto en su poesía como en su prosa. ¿Quién de los que no hemos sobrepasado la treintena no se ha iniciado en aquel volumen de la barata colección Austral de Espasa Calpe, entre sus furtivas lecturas, fruto también de los escasos ahorrillos? Pero todo ello no quiere decir que deteste o margine la obra de Manuel. Creo firmemente que este último exige su oportuna reivindicación. Que la está exigiendo la Literatura Española. O que la exigía. Porque su centenario ha pasado y aquí todos nos hemos acordado de Antonio Machado —es decir, de «Machado» (es axioma o sinónimo Machado de Antonio)— y el Parque sevillano de María Luisa se quedó sin el monumento proyectado a Manuel Machado, que fue encomendado al pintor y arquitecto Javier de Winthuysen; éste realizó el proyecto, pero la guerra heló hasta los corazones de piedra o de bronce. En otras ocasiones me había asomado a los versos de Manuel Machado esporádicamente; ahora, lo he hecho más tranquilo. Y pienso en el mínimo homenaje imprescindible para escritor: leer su obra. La antología recientemente editada por Plaza y Janés, con amplio y excelente prólogo del profesor Emilio Miró, recoge doscientos noventa y tres poemas pertenecientes a todos los libros del poeta.)

¿Quién sacó de la manga aquello de Machado el «malo» y el «bueno»? Quizá alguien frivolizando o dando mayor —o distinto— alcance a los versos de Antonio en que se refería a los sonetos de su hermano y que hemos citado líneas más arriba. Que Antonio sea un buen poeta —o si me apuran un gran poeta, el mejor— no quiere decir que Manuel sea «el peor», sino reconocer sencillamente una trascendencia más profunda en la obra de Antonio, porque los mejores versos y poemas enteros de Antonio no son más inspirados ni trascendentes ni profundos que los mejores de Manuel. Cuando así se expresa el académico Gerardo Diego no estamos del todo acordes con sus opiniones, como se puede haber desprendido de las afirmaciones precedentes, pero quería dejar constancia de la opinión del ilustre Gerardo Diego.

Puede, sin duda, haber sido mayor la fama de Manuel en vida y no haber sufrido gran eclipse durante la época que ha seguido a su muerte. Y es que hubo unos años en que eran más los libros publicados por Manuel y también por el hecho humano del carácter de Antonio, que era más tímido y retraído..., menos «canallista»...

Casi siempre las comparaciones han surgido a base de estereotipos verbales: hondura frente a frivolidad y ligereza; poesía esencial y sobria frente a fluidez rimadora y viveza plástica de la imagen. Naturalmente, en todo esto hay gran parte de verdad. Y quizá el hecho de que yo sea un hombre de Castilla la Vieja, nacido bajo el surco de la Tierra de Campos, haga que me sienta más atraído por los poemas del autor de *La tierra de Alvargonzález.* La plasticidad cinematográfica —sobre todo en su versión en prosa— es trágica, como la belleza de mi paisaje natal, como mi espíritu labrado en el duro golpe de una región maltratada por siglos de Historia. (Sin duda alguna, esta aclaración o alusión personal puede clarificar un poco la cuestión en lo que a preferencias se refiere, sin que por ello deje de anotar ciertas similitudes y, lógicamente, grandes diferencias entre los hermanos Machado, tanto en su vida como en su obra.)

He aquí unas palabras de Juan Ramón Masoliver: «Y mientras el machacón aupar a troche y moche al uno, incluso en sus ramplonas humoradas de corte campoamorino, de un altísimo poeta estaba haciendo manoseado comodín: se le negaba al otro hasta la sabiduría, el ángel y el aquél: la retenida emoción conseguida por virtudes de una dicción sobria y llana guiada por una retina penetrante y una música interior, que en el culto del instante fugitivo vuelca entera la amargura de sabernos perecedores».

Sí; la melancolía suma es cosa de don Antonio Machado, el profesor de Castilla, en Soria y Segovia, con sus desnudeces trascendentes como marco exterior para sus miradas interiores. Los hombres del Noventa y Ocho procedían del litoral (Antonio Machado, Unamuno, Baroja, Azorín...) y descubrieron las llanuras como dulces regazos de tierra o como playas infinitas. Tras la muerte de Leonor, Antonio Machado «impregna de mirada castellana —palabras de G. Díaz-Plaza— los campos de su Andalucía y los describe con un catalejo escrutador que percibe los elementos patéticos de su tierra más entrañable». Y la raíz andaluza de Manuel continuará siempre insobornable: hasta su muerte buscando lo «chic», lo elegante que un buen día de su juventud le hiciera soñar en convertirse en un buen banderillero, que llegó a ser un verdadero deseo durante su juventud...

Los dos hermanos Machado llegarán a ocupar un sillón en la Real Academia de la Lengua: en 1927, Antonio; en 1938, Manuel. Eugenio d'Ors y José María Pemán visitan un buen día a Manolo Machado anunciándole que la Academia ha acordado llamarle a su seno si es que no tiene inconvenientes y no le repugna. Son los «años triunfales», por consiguiente, cuando se sienta en el sillón académico. Un año después moriría su compañero —pero más que nada hermano— «casi desnudo, como los hijos de la mar» en una cercana playa del sureste francés.

Gustaba de decir Manuel Machado que él pertenecía plenamente a la generación del Noventa y Ocho... en cuanto fue aquella una generación principalmente estética, es decir, artística y literaria; que hizo una revolución literaria y artística; principalísima, casi exclusivamente estética, sin perjuicio de las remociones de fondo que implican siempre los verdaderos trastornos de la forma. Y se le ha visto a Manuel como el modelo del señorito andaluz, tan formal, como lo tenemos en la caricatura implacable de su hermano Antonio en su poema «Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido».

Murió don Guido, un señor
de mozo muy jaranero,
muy galán y algo torero;
de viejo, gran rezador.

Y, a continuación sigue hablando de su destreza en manejar el caballo, de beber, de sus escándalos y amoríos, de pertenencia a una cofradía para salir —cirio en la mano— en la procesión del Jueves santo sevillano vestido de nazareno... «un caballero andaluz».

¿Cómo es la religiosidad de Manuel Machado? En *El Mal Poema* se recogen las notas más pesimistas y quizá por eso es un poemario que no incluyó en la edición que en 1940 preparó para la colección Austral, cuando ya se había producido su transformación ideológica y religiosa, que se corresponde (como consecuencia) con la guerra civil y la muerte en el exilio de su madre y su hermano; y es posible que la reedición de ese libro le hiciera recordar su pasado más o menos baudelairiano en tales circunstancias (las de 1940). El poema titulado «Prólogo-Epílogo», contenido en *El Mal Poema,* es una confesión del poeta exhibiendo su virulencia desacostumbrada en toda su obra; nos recuerda en algún aspecto «El mañana efímero» de su hermano Antonio, en el sentido de que ofrece una visión parecida: después de hablar de la «España de charanga y pandereta», del «París pagano», de la «España que ora y que bosteza», que «embiste,

cuando se digna usar con la cabeza», termina con la esperanza en «otra España que nace», con juventud hecha con el pasado macizo de la raza.

Una España implacable y redentora,
España que alborea
con un hacha en la mano vengadora,
España de la rabia y de la idea.

Ars Moriendi (el libro de 1921 de Manuel) viene ya a significar como un testamento poético, sin patetismos, puesto que del escepticismo llegaba a refugiarse en la serenidad, y quedan alejadas la melancolía y la esperanza.

Citando a Gerardo Diego, en su reciente libro, diremos: «Manuel Machado era un admirable, un purísimo y también un hondo poeta, aunque a la par que hondo fuese deliciosamente superficial. Y Antonio, más genial y constante en su verso, más denso y grave, menos elegante y más trascendental y simbólico, aparecía como lo que en realidad era, como el poeta más concentrado, pensieroso y trasparente de nuestro tiempo. (...) Antonio, primero y más acabado discípulo de su hermano mayor, se le escapaba hacia arriba, buscando la luz y la verdad diamantinas de la vieja Castilla».

Quizá lo que más haya perjudicado a la apreciación de Manuel haya sido la trascendencia de la poesía de su hermano. «Como todas vidas paralelas —añade G. Diego—, éstas, tan fraternalmente unidas, marchan juntas, se desvían, se tornan a aproximar, se superponen en íntima colaboración, divergen finalmente, y bien a pesar suyo, separadas por el abismo de una guerra civil. Muerto Antonio en Francia, Manuel sigue solo en su desolada viudez fraternal, sobrevive a su hermano y se sobrevive él mismo en un erguido esfuerzo de virilidad elegante y sobriamente marchosa».

Llegó la hora del dolor. Ocho años sobreviviría el anciano Manuel a las trágicas desapariciones de Antonio y de su propia madre. No es hora de que las divergencias ideológicas «separen» a la familia. En 1972, en Soria se imprime *Ultimas soledades del poeta Antonio Machado (Recuerdos de su hermano José);* en este libro leemos: «La vida de estos dos poetas estuvo siempre tan ligada, que uno de los motivos que aceleraron la muerte de Antonio fue la inevitable y forzosa ausencia de Manuel. Y es que José acompañó a su madre y a su hermano Antonio en los tristes días que culminaron en Collioure. Era ya el año 1939 cuando ambos habían abandonado Bar-

celona con destino a Francia. Atravesaron la frontera por Cerbère y ya Collioure recibe al poeta gravemente enfermo. A las cuatro de la tarde muere. Era un 22 de febrero. Y, como si todo estuviera preparado, aquel año era miércoles de ceniza...

MIGUEL DE SANTIAGO

Diario INFORMACIONES
Calle San Roque, 7
MADRID-13